

Introducción

Son tiempos de agitación, épocas convulsas de intolerancia y enfrentamiento. Una era de cambios, dicen algunos. Un cambio de era, dicen otros. Un momento efervescente de transformaciones profundas, coinciden todos. Un mundo viejo que se muere, un nuevo mundo que tarda en emerger. Y en el medio, el claroscuro gramsciano que alumbra monstruos. Guerra, tragedia, hambre, muerte y una tenebrosa sensación de *déjà vu*. No le faltaron argumentos a la Real Academia Española para elegir *polarización* como el concepto que mejor captura el espíritu del 2023. Rabia, resentimiento, desazón, intolerancia, ansiedad o desesperanza también habrían funcionado. A la vida pública no le está yendo nada bien, advierte el filósofo estadounidense Michael Sandel: transpira insatisfacción. Los ideales democráticos flaquean y la agenda política no parece estar a la altura de las circunstancias: discursos huecos, enfoques excesivamente tecnocráticos o duelos entre hinchadas fanatizadas.

Rinde hacer política desde el enfrentamiento, desde la desinformación y hasta desde el desconocimiento, como si fuera virtud. De repente, las verdades pasaron a ser como las opiniones: todos tenemos la nuestra. Se apela a lo que nos diferencia y no a lo que tenemos en común, se machaca con la idea de que la vida en sociedad se ha convertido en un juego de suma cero, donde uno solo puede ganar si el otro pierde. Parece que ya no se puede disentir sin agraviar, que no hay riqueza alguna en la pluralidad, y que existe una y solamente una forma de conciliar armónicamente todos los fines que las personas podemos entender como nobles, deseables y justos: libertad, justicia, equidad, fraternidad, igualdad, felicidad.

Entretanto, los superricos campean por el espacio propulsados por obscenas desigualdades, desfilan sus fortunas con premura de paraíso en

paraíso y capturan a los Estados con sus ejércitos de lobistas. Deforman las reglas, manipulan información y concentran poder, alegando incluso que lo hacen en el nombre de la libertad. «Todo el mundo sabe que la pelea está arreglada, que los pobres siguen siendo pobres y los ricos se hacen más ricos —cantaba hace décadas Leonard Cohen—. Así es como va, todo el mundo sabe». Y como todo el mundo sabe, a veces nos invade un sentimiento sutil de desempoderamiento, una incómoda sospecha de que estamos perdiendo el control sobre las fuerzas que nos gobiernan. Depredamos el planeta sin haber encontrado una forma de garantizarles a todas las almas que lo habitan un mínimo de contención material para que tengan, por lo menos, una remota oportunidad de ejercer algún control sobre su destino.

Todos los días, en todas partes, nace una vida fallida de antemano, que la mera contingencia de haber nacido en el lugar equivocado terminará sofocando. La trágica imprecisión de la vida. Si hubiese nacido apenas unos kilómetros más allá, o apenas unos kilómetros más acá. Pero justo nació en ese lugar, donde la vida no florece. La vida que tendrá y la vida que podría haber tenido separadas por la misma unidad de medida que tienen las cintas métricas. ¿Cuántas cintas métricas pueden separar esas dos vidas, la vida real que nació torcida y la vida contrafáctica plena que pudo haber sido?, ¿ocho cintas métricas?, ¿quince?, ¿treinta?, ¿doscientas?, ¿dos bolsos de cintas métricas?, ¿un galpón? Muchísimas o muy pocas, siguen siendo cintas métricas.

Todo eso pensaba mientras me desanimaba, así que prendí la televisión. Cambié de canal, de plataforma, de planeta. Me anestesié un poco, claudiqué alegremente en favor de la pantalla, le cedí agradecido la voluntad a una red social. Y todo mejoró. Playas, sonrisas, montañas, cerveza, doscientas cincuenta formas de cocinar un huevo, *bloopers*, amigos, goles, coreografías, perros con corbatas, gatos con botas, fiestas electrónicas, *influencers* de cotillón. Todo mejoró, pero por un rato. ¿Cuántas personas caben en una persona?, reflexioné al rato mientras apretaba el control remoto. ¿Cuántos mundos gravitan dentro de mí? ¿Cuánto pienso con

el corazón? ¿Cuánto pienso con la cabeza? ¿Qué contradicciones puedo tener sin disociarme?

Pero, bueno, retomando el hilo, le contaba que en todo eso pensaba mientras me seguía deprimiendo. Y como ya no quería ver televisión ni escolear el celular, me puse a hurgar dentro de mi cuadro favorito, que hacía un tiempo había colgado en la pared. No soy una persona versada en arte y la vasta belleza que guardan a perpetuidad los cuadros me es ajena completamente. Le digo más. Por deformación profesional, a veces hasta me desconcierta: ¿por qué algunos valen tanto?, ¿por qué otros valen tan poco? ¿Y por qué algunos no valen nada? ¿Qué hace especial a una banana pegada con cinta a la pared?, ¿o a la silueta de una paloma?, ¿o a un florero con girasoles? La subjetividad dentro de la subjetiva teoría del valor. Pero hay un cuadro que para mí es la excepción y es el que justamente tengo colgado en la pared. Se trata de *Noctámbulos*, del artista estadounidense Edward Hopper.



Los que saben de estas cosas dicen que su obra desentraña la condición de la soledad, delineando sus contornos para ofrecernos un sitio de pertenencia, un lugar al que concurrir para no estar solos. Una

hermosa paradoja. Y a juzgar por su renovada popularidad durante la pandemia, no estoy solo en el sentir. En las redes todavía se pueden encontrar las distintas instancias de restricción a la movilidad ilustradas a partir de su trabajo. Edward Hopper y el año loco en el que apagamos el mundo.

Para mí fue un reencuentro, porque ese cuadro me encanta desde que lo vi colgado en la casa de mi amigo Guillermo. Hasta lo puse como fondo de pantalla en mi computadora. Más de una vez imaginé qué conversaciones podrían estar teniendo esos *noctámbulos* que compartían barra en el café Phillies. En definitiva, están atrapados ahí desde 1942. Dentro de ese cuadro no hay tiempo, no hay identidades, no hay prisa, solo una elegante pareja apática, un cantinero bien dispuesto y un hombre de espaldas que nos invitan a pensar que cualquiera puede ser protagonista de la conversación. Incluso los muertos.

Sí, leyó bien: los muertos. Para sacudirme la desazón, lo invito a acompañarme en mis tribulaciones de sillón, que incluirán además un recorrido onírico para ahogar las penas en la barra del café Phillies con un variopinto grupo de fallecidos notables. Todo con la esperanza de que puedan ayudarnos a ordenar algunas cuestiones relativas a la filosofía política y sus alrededores, temas de especial efervescencia en estos tiempos tan locos.

Hablaremos de justicia, libertad, desigualdad y contratos hipotéticos, de cómo distribuir las cargas de la vida en sociedad, de los beneficios de la cooperación, del lugar que le damos al Estado y de qué límites, si es que alguno, debemos imponerles a los mercados. Hablaremos también de economía, felicidad, autoengaño y empatía; de tolerancia, pluralidad y de la vida en común; de los líderes estrambóticos y mesías autoproclamados. En definitiva, hablaremos de todo un poco.

Este no es un libro académico, así que queda advertido de antemano. Tampoco es un libro de respuestas. En todo caso, es apenas un libro de preguntas amplias y reflexiones desordenadas, dudas e incertidumbres, con lagunas y baches, sesgos y puntos ciegos, con contradicciones. Es un

intento personal de aprendizaje, que solo de atrevido comparto con usted, con la complicidad de mi querida editorial.

Si usted tiene un libro de respuestas, sin dudas y con certezas, armónico y consistente, lo leeré ávidamente con el mayor de los gustos. Porque al igual que a Luis Eduardo Aute, «lo que me pasa es que a este mundo no lo entiendo».

Para terminar de poner todas las cartas sobre la mesa, y por si todavía no lo ha notado, le advierto también que quedará en manos de una persona con inclinaciones levemente pesimistas, así que tendrá usted que quitarle esa carga innecesaria a las líneas por venir; seguramente no se ajusten a la realidad, que siempre es más brillante de lo que luce en mis pensamientos tremendistas.

Pero basta de preámbulos. Empecemos.

Y como tenemos que empezar, y por algún lado siempre hay que hacerlo, hagámoslo partiendo de una premisa sencilla: vivimos en un mundo desigual. Esa es una realidad inobjetable, salvaguardada incluso de los más fervientes negacionistas y avatares virtuales ofuscados, de los apóstoles del odio armados con teclados y celulares, de la incivildad rentada en el éter virtual.

El tema, me parece a mí, no es que el mundo sea desigual, que lo es. El tema es que para algunos esa desigualdad es injusta y demanda una actitud osada en el plano distributivo, porque corroe las instituciones democráticas, fractura la cohesión social y reparte inequitativamente las dosis de libertad entendidas en un sentido amplio. Y para otros esa desigualdad no tiene nada de malo, incentiva, es natural, hasta deseable para que las cosas funcionen bien, eficientemente. Según esta otra visión, no hay nada malo en la forma en que se han distribuido los frutos del crecimiento durante las últimas décadas, ni en las brechas que se ensancharon luego de la pandemia y que podrían profundizarse en el marco de la cuarta revolución industrial. Es la vida misma, y la vida es injusta.

¿En nombre de qué ideal abstracto puede confiscarse la riqueza de una persona? ¿Son justos los impuestos o constituyen una inmoralidad,

un robo, una violación? ¿Cómo se relaciona la justicia con el mercado, el Estado, la moral, el mérito y la libertad? ¿Está mal que los ricos pongan su patrimonio a resguardo en un paraíso fiscal para eludir las manos porosas de los políticos? ¿Son libres las decisiones que se toman en un mercado que funciona sin restricciones? ¿Qué significa ser libres? ¿Cuántas libertades hay? ¿Es lo mismo la libertad para los lobos que para los corderos? ¿Deberían importarnos únicamente las consideraciones vinculadas a la justicia distributiva? ¿O hay (in)justicias contributivas que son igual de nocivas para la democracia y el cultivo de las virtudes cívicas, que tanto hacen falta en este mundo convulso? ¿La única finalidad de un sistema económico es maximizar la utilidad de los consumidores? En este mundo tan loco, lo más cuerdo es enamorarse de preguntas y no de respuestas. Por eso, como le advertí antes, este es un libro de preguntas y no de respuestas. Si sigue acá, yo me eximo de responsabilidad.

Y como son mis reflexiones y mis aventuras oníricas personales, me reservaré además muchas licencias¹. La lista de invitados, para empezar, será sumamente incompleta, desbalanceada y por demás antojadiza, estructurada en torno al embate libertario que viene desde el Río de la Plata y recorre el mundo despertando locas pasiones.

«Hoy estoy acá para decirles que Occidente está en peligro. Está en peligro porque aquellos que supuestamente deben defender los valores de Occidente se encuentran cooptados por una visión del mundo que inexorablemente conduce al socialismo, y en consecuencia, a la pobreza», leía el autoproclamado León de la Libertad en el famoso Foro de Davos de 2024. «Lamentablemente, en las últimas décadas, motivados algunos por el deseo biempensante de querer ayudar al prójimo y otros por el deseo de pertenecer a una casta privilegiada, los principales líderes del mundo occidental han abandonado el modelo de la libertad por distintas versiones de lo que nosotros llamamos *colectivismo*», seguía la argumentación. «El capitalismo de libre empresa es la única herramienta que tenemos para terminar con el hambre, la pobreza y la indigencia a lo largo y a lo ancho de todo el planeta».

Por las dudas, le vuelvo a enfatizar que la lista de invitados que se darán cita en estas páginas podrá resultarle antojadiza, arbitraria, parcial o sesgada. Siempre puedo seguir soñando con otros personajes. Usted también.

Y no solo la lista está plagada de flaquezas, asimismo lo está el contenido de las indagaciones venideras. Usted puede completar y corregir esas lagunas, con lo que ya sabe o persiguiendo alguna pista que haya encontrado acá.

Como le comenté, esto es apenas una invitación para un intercambio futuro, una semilla que podrá o no germinar. Esa es la principal intención: tirar alguna piola para despertar curiosidad. Luego, la aventura es personal. Usted sabrá tamizar todo lo que lea con su propia cosmovisión y sus vivencias, con sus circunstancias y conocimientos, con sus sesgos, con su forma de entender el mundo. Como bien sabe, el universo está lleno de estrellas. Todos podemos trazar líneas entre ellas y encontrar las constelaciones que más nos gusten, o las que podamos ver. Pueden no ser las mismas constelaciones —seguramente no lo sean—, pero eso no quiere decir que las estrellas no estén ahí. Dado el estado actual de las cosas, acordar en esto ya sería un avance, aunque sea menor.

Eso sí, intentaré respetar una regla, a pedido expreso del cantinero bien dispuesto que hace ochenta y dos años dejó el bueno de Hopper custodiando este lugar. Sería, mejor dicho, un criterio, un código de escritura para delimitar los márgenes de los intercambios intelectuales hipotéticos: nuestros difuntos protagonistas serán evocados en su mejor versión, en sus luces más brillantes, evitando golpes bajos y atajos argumentativos. En definitiva, los muertos no están para defenderse. Me han enseñado, además, que una doctrina no puede ser juzgada de ningún modo hasta que no sea juzgada en su mejor forma, se trate del libertarismo de Murray Rothbard, del igualitarismo de John Rawls o del comunismo de Karl Marx. También me han enseñado que hay un disfrute útil en leer a quienes piensan distinto, así que supuse que lo mismo vale para escribir. Por eso me embarqué en esta aventura. Lo invito, ahora sí, a que me acompañe.

Sea bienvenido.

¿Se va a llevar uno o dos riñones, General AnCap?

No lo sabía con certeza, pero seguramente había pasado la medianoche. Otra vez me había quedado dormido en el sillón, como casi todos los días. Siempre me cuesta dar por terminada la jornada. Dormir es esperar a despertarse para volver a trabajar. ¿Qué hay de malo en querer ganar un rato más de ocio, en abusar del esfuerzo por mantener los ojos abiertos, en rendirle tributo a la rutina del tedio frente al televisor? Cuando pestañeé, ya habían corrido dos capítulos. ¿Qué fue lo que pasó? Tres pestañeos más y había terminado la temporada. Me había perdido todo. Además, tenía tortícolis. Acepté, como anoche, y como la noche antes de anoche, y como la noche antes de la noche antes de anoche, que había sido suficiente. El esfuerzo ya no era solamente inútil, era contraproducente. Tenía que irme a dormir. Al día siguiente me esperaba el molesto ejercicio de rebobinar la serie para encontrar en qué momento había perdido toda lucidez. (Supongo yo, y perdóneme si me equivoco, que *rebobinar* sigue siendo un término válido que puede ser extrapolable hacia las nuevas plataformas. Quizás esto no tenga importancia. Lo que importa es que al final paso más tiempo rebobinando contenido que disfrutándolo. Qué vergüenza, ¿qué pensará Netflix?, ¿qué dirá de mí el algoritmo? Sabrá perdonarme, porque sabe todo. Sabe que no es él, que soy yo).

En fin. Para no seguir divagando, continué con la historia y le cuento que apagué la televisión sin levantarme del sillón. Pero, como no podía ser de otra manera, le confieso también que agarré el celular. La vida entre

pantallas. Y en esa otra pantalla me encontré con un extraño hombre exaltado de pelo revuelto.

«¡Viva la libertad, carajo!», gritaba con la cara roja y los ojos inyectados en sangre. «¡Viva la libertad, carajo!», repetía corriendo de un lado para el otro en un escenario. «Soy el General AnCap, porque soy anarcocapitalista. Vengo de Liberland, una tierra creada por el principio de apropiación originaria del hombre. Un país donde no se pagan impuestos, un país donde se defienden las libertades individuales, donde se cree en el individuo y no hay lugar para colectivistas hijos de puta que nos quieren cagar la vida», proclamaba en otro video con el mismo desborde emocional. ¿Quién es este personaje tan singular?, me pregunté antes de empezar a googlear en el teléfono. Se llama Javier Milei y, según él mismo explicaba, personificaba al General AnCap, un héroe anarcocapitalista. ¿Anarcocapitalista?, ¿qué es eso?, me pregunté antes de seguir googleando. Un nombre propio, un término compuesto y un buscador que todo lo sabe. De esta manera arranca nuestra aventura.

«La carrera contra el tiempo que enfrenta el *shock* del ajuste económico de Javier Milei»; «Así será la vida de los perros de Javier Milei en la Quinta de Olivos»; «En fotos: el viaje de Javier Milei a la Antártida»; «Milei, flamante presidente: ex arquero de Chacarita, socio de Boca y bilardista»; «Javier Milei encuentra el amor con una imitadora de Cristina Kirchner»; «Los secretos detrás del pasado rockero de Javier Milei y su propia banda». Estaba por todos lados. Había noticias de animales, romances, intolerancia, viajes, música y fútbol. Pero una me llamó más la atención que todas: «Javier Milei volvió a hablar de la venta de órganos». Busqué un poco más. «¿Qué dijo Javier Milei sobre el mercado de órganos?». «La venta de órganos es un mercado más y una persona podría vender un brazo si así lo quiere», explicaba por la televisión. «El que decidió venderte el órgano, ¿en qué afectó la vida, la propiedad o la libertad de los demás?», se preguntaba por TikTok.

Según recordaba de mis disquisiciones estudiantiles, la defensa de los mercados puede fundarse sobre una base utilitarista, argumentando

que representan el mejor vehículo para incrementar la utilidad social. Me acordé de Jeremy Bentham, de aquellos primeros años en la facultad. Si la memoria no me falla, el principio rector de la moral consiste, desde una perspectiva utilitarista, en maximizar la felicidad para el mayor número. Todos disfrutamos el placer y rehuimos al dolor. Como filosofía, el utilitarismo convierte esta apreciación en la base de la vida moral y política. Si la comunidad es un «cuerpo ficticio» compuesto de la suma de todos los individuos, nuestras acciones deben guiarse por un cálculo simple: sumar las unidades de placer de cada uno, restarles las unidades de dolor y ver qué da la cuenta. Si da positivo, las acciones tendrán una justificación moral y serán justas. De ahí la defensa utilitaria del libre mercado como mecanismo para aumentar la felicidad.

En definitiva, permite que dos personas intercambien cosas voluntariamente. Asumiendo que si esas dos personas alcanzan un acuerdo es porque ambas se beneficiarán y, suponiendo que no perjudican a nadie, el intercambio habrá incrementado el bienestar promedio de la sociedad. Si estoy dispuesto a intercambiar mi riñón por dinero y encuentro a alguien que esté dispuesto a intercambiar su dinero por mi riñón, la transacción contribuirá a maximizar la felicidad para el mayor número. Esta era, recordaba yo, la defensa utilitarista de los mercados como mecanismo para aumentar el bienestar social.

En ese momento también me acordé del economista Gary Becker, que había sido premiado con el Nobel en 1992. Con el convencimiento de que «el enfoque económico es un enfoque comprensivo que puede aplicarse a todo el comportamiento humano», Becker había hecho un alegato a favor de establecer un mercado de órganos para expandir su oferta. «Encontrar una manera de aumentar el suministro de órganos reduciría los tiempos de espera y las muertes, y aliviaría en gran medida el sufrimiento que ahora soportan muchas personas enfermas mientras esperan un trasplante».

Como somos seres racionales que actúan para maximizar su bienestar, toda situación humana encierra un precio implícito y toda relación es en

última instancia mercantil. Al menos eso es lo que piensan algunos. Y de esa creencia, que por el momento no voy a cuestionar, se desprende que los incentivos monetarios funcionan inequívocamente. Quienes perciban las señales que están embebidas en los precios, descubrirán que todo nuestro comportamiento, incluso fuera del ámbito material, puede explicarse como el resultado de un cálculo racional entre costos y beneficios. Esto vale para el matrimonio, las drogas, el crimen y también para lo que nos ocupa ahora: los órganos humanos.

Un mercado de órganos puede parecer «inmoral y repugnante»², reconocía Becker en un texto, pero esa inmoralidad debe sopesarse frente a la moralidad de evitar miles de muertes cada año y mejorar la calidad de vida de quienes esperan órganos. «¿Cómo puede ser más inmoral pagar por órganos para aumentar su suministro que la injusticia del sistema actual?», argumentaba. Con las salvaguardas correspondientes, establecer un incentivo monetario aumentaría el suministro de órganos y estrecharía la brecha estructural entre demanda y oferta. Pese a que es más probable que los pobres vendan sus riñones y otros órganos, también son los pobres quienes sufren más la escasez, advertía este ilustre economista de la Universidad de Chicago.

«Eventualmente, las ventajas de permitir el pago de órganos se volverían obvias. En ese momento, la gente se preguntará por qué se tardó tanto en adoptar una solución tan obvia y sensata a la escasez de órganos para trasplantes». La creación de un mercado de órganos supondría una mejora bajo el prisma utilitarista, pese a la complejidad moral que es inherente a esta problemática.

Yo no la compartía, pero entendía la base de su argumento. Sin embargo, me parecía que no era equivalente a la propuesta de Javier Milei, así que volví a buscar la noticia: «Una persona podría vender un brazo si así lo quiere, porque es libre de hacer lo que quiera con su cuerpo». Es decir: yo soy mi propio dueño y puedo venderme por partes.

La justificación libertaria de Milei para establecer un mercado de órganos parecía transitar por otro carril, distinto al del utilitarismo. En

el fondo, lo que importa es que se respete que soy el amo de mi cuerpo y que puedo hacer con él lo que me plazca, independientemente de cuál sea el propósito, reflexioné, poniéndome en su lugar.

Desde su perspectiva, lo relevante no es la maximización de esa entelequia que llaman «bienestar colectivo», ni la eficiencia de los mercados para asignar recursos. Para él, lo que importa es que el funcionamiento irrestricto del mercado esté en consonancia con el derecho natural de ser dueños de nosotros mismos; los mercados son buenos porque respetan la libertad individual, no porque promueven el bien común.

El tema ya me había atrapado, así que me entregué de lleno al asunto. Encontré una versión más larga de aquel video, en la que el exaltado libertario explicitaba un poco más la cadena de razonamiento que desembocaba en aquella osada afirmación: «Mi primera propiedad es mi cuerpo. ¿Por qué no voy a poder disponer de mi cuerpo? ¿Acaso el Estado no dispone de mi cuerpo, cuando en realidad me roba más del 50 % de lo que genero? O sea, hay un doble estándar: para que el Estado me esclavice, entonces sí, pero si yo quiero disponer de una parte de mi cuerpo por el motivo que fuera, ¿cuál es el problema?».

Con lo primero, suponía yo, se refería a los impuestos, quejándose de que el Estado nos *roba* la mitad de nuestro sueldo. «Es como que te hubiera cortado la mitad del cuerpo», agregaba para cerrar su analogía. Y con lo segundo se refería efectivamente a la venta de órganos, el tema central de esta indagatoria trasnochada. «Una persona podría vender un brazo si así lo quiere, porque es libre de hacer lo que quiera con su cuerpo», repetía violentamente. Y como libertario podría haber ido incluso más lejos, me dije, recordando un libro que había terminado de leer hacía poco. Veinte años atrás, el alemán Bernd-Jürgen Brandes accedió a ser devorado por Armin Meiwes, el Caníbal de Rotemburgo. El libro era del filósofo estadounidense Michael Sandel y el pasaje concreto que se me vino a la cabeza dice: «El canibalismo entre adultos que consienten en practicarlo y padecerlo somete a la más rigurosa de las pruebas el principio libertario de ser el dueño de uno mismo y la idea de justicia

que se deriva de él»³. En definitiva, si quiero vender mi riñón para que un excéntrico coleccionista lo exhiba en la pared, ¿por qué estaría mal? Lo que importa no es el propósito (salvar vidas), es el derecho de disponer de mi propiedad como se me antoje (ser libre).

Según la defensa libertaria, los impuestos son tan inmorales como las restricciones sobre lo que podemos hacer con nuestro cuerpo, porque ambos violan nuestra libertad. Esta sería, concluí yo, la diferencia con el enfoque de Gary Becker; la diferencia entre la defensa utilitarista de los mercados y la libertaria.

«El problema es por qué todo lo tiene que regular el Estado. Hay estudios de Estados Unidos que dicen que si dejaras esos mercados libres funcionarían muchísimo mejor y tendrías menos problemas», sentenció Milei sin dar lugar a réplica. Un mercado libre para todo, despojado de consideraciones morales y resguardos.

Volví a recordar a Sandel, que había abordado estas cuestiones tan peliagudas en otro de sus libros. Fui a buscarlo a la biblioteca, pero me di cuenta de que lo había pirateado y lo tenía solo en versión PDF (yo no lo juzgaré si hace lo mismo con este, pero mis amigos de la editorial sí lo harán).

Pero volviendo a nuestro asunto, decía Sandel que la intromisión de los mercados en todos los aspectos de la vida constituye uno de los hechos más significativos de nuestro tiempo. La expansión de los mercados «hacia esferas de la vida a las que no pertenecen» representa el cambio «más funesto» de las últimas décadas⁴. La transición desde una economía de mercado hacia una sociedad de mercado es problemática por al menos dos motivos, seguía el razonamiento del filósofo. El primero se relaciona con la justicia y la desigualdad. En una sociedad desigual, las necesidades y las privaciones de las personas socavan la legitimidad de las transacciones que *a priori* pueden parecer voluntarias. Por más que los mercados sean libres, los intercambios que promueven pueden no serlo, dado que la necesidad y la pobreza son formas de coerción que erosionan las instituciones basadas en la libre elección.